

En 1985, con cinco años, yo todavía era lo bastante pequeño como para pensar que la letra de «Material Girl» de Madonna decía «I'm a Cheerio girl». Me quedaba frente a la pantalla del televisor en el salón de casa observando sus movimientos en silencio, pasmado, hipnotizado.

A mis padres les gustaba la música, pero no eran unos apasionados. Mi padre escuchaba sobre todo country, y en especial a Willie Nelson, mientras que las cantantes preferidas de mi madre eran Diana Ross y las Supremes. A mí había algo de la reina del pop que me llamaba poderosamente la atención: ver a Madonna mover el esqueleto me fascinaba.

Llevaba el cabello rubio oscuro y se lo habían rizado con espuma con gran cuidado. La ropa de neón y negra tenía desgarrones y estaba rota para acentuar sus curvas. Las pulseras y los collares, gruesos y pesados, le brillaban y tintineaban en los brazos y en el cuello mientras se movía al ritmo de la música. Alcé la mano y la coloqué sobre su imagen en la pantalla. «Soy yo», pensé, tan claro como el agua. Yo quería hacer eso. Quería ser ella.

La confusión cortó de raíz esta sensación de admiración. De repente, me di cuenta de que nunca sería ella, que nunca

podría ser ella. Madonna era una chica, un símbolo de femi-
nidad, segura de sí misma que cantaba y bailaba en minifal-
da y tacones sobre el escenario. Yo solo era un niño que vivía
en un bungalow en una base militar en Ford Hood, Texas.

Mi padre se llamaba Thomas. Mi tío se llamaba Thomas. Mi
primo se llamaba Thomas. Yo era Thomas James Gabel, hijo de
un soldado graduado en West Point que nunca fue a la guerra,
o al menos ese fue el nombre que escribieron en mi certificado
de nacimiento y que nunca sentí que encajara conmigo.

Nací el 8 de noviembre de 1980 en el condado de Chattahoo-
chee (Georgia), aunque nunca admití que fuera del sur. Era
de Tobyhanna (Pennsylvania), Cincinnati (Ohio) y de Lago
Patria en Italia. Cada cierto tiempo, mi familia metía nuestra
vida en cajas y se mudaba a otro lugar, a dondequiera que des-
tinaran a mi padre. Ser el hijo de un militar me convirtió en
un alma viajera desde que nací, me hizo conocer a gente nue-
va, a nuevos amigos, y me enseñó distintas culturas de todo
el mundo y cómo debía adaptarme a nuevos estilos de vida.

Ya desde pequeño, era una fuerza destructiva de la natu-
raleza. Cuando mi madre me llevaba con ella a hacer la
compra, no dejaba de coger cosas de los estantes y tirarlas al
suelo desde el carrito en el que me llevaba sentado.

—¡Tom! —me reñía—Tom... ¡Tom!

Un día, el viejo serio de la caja vio lo apurada que estaba
mi madre y masculló:

—*Tom Tom the Atom Bomb.*¹

Desde entonces, se me quedó el nombre.

Mis padres no eran muy religiosos, pero a veces nos arras-
traban a mi hermano Mark, seis años menor que yo, y a mí a

1 En español, Tom Tom la bomba atómica. (*N. de la T.*)

la iglesia. A ambos los educaron en el catolicismo, pero la denominación de nuestra iglesia no parecía importarles: presbiteriana, metodista, lo que les conviniese más en las reuniones con otros oficiales del ejército. En cuanto a mí, la religión me era bastante indiferente siempre y cuando no acabase ardiendo en el infierno.

Tras la misa de los domingos, construía fuertes con mantas y sábanas que cubrían mi habitación de una esquina a otra. Bajo aquellos toldos fabricados con ropa de cama, creé un mundo solo para mí, mis primeras experiencias privadas y sin padres. Para ahorrar espacio de almacenamiento, mi madre guardaba sus medias en el último cajón de mi cómoda. Las encontré y mi naturaleza curiosa me llevó a probarlas. Me pregunté qué tenían de especial estos calcetines marrones arrugados que solo se ponía mi madre.

En la secreta oscuridad de mis fuertes, me tumbaba de espaldas, extendía las piernas al cielo y, despacio, me subía las medias por las piernas. La sensación del roce del nailon sobre la piel era casi hipnotizante.

«Esto debe de ser lo que se siente al ser una mujer», me dije a mí mismo.

Mi padre entraba y veía las tiendas de campaña que había hecho con las sábanas y las mantas apoyadas en los muebles.

—Tommy, ¿qué cojones haces ahí? —ladraba.

—¡Nada! —respondía, y me quitaba las medias y las escondía tan rápido como podía.

Nadie me dijo nunca que lo que hacía en mi fuerte fuera un comportamiento indecente. Yo sentía que estaba mal, como si hubiese nacido con ese pudor. Ya me habían pillado jugando a las Barbies con una vecina. La reacción de mi padre fue una fría mirada de desaprobación y un nuevo muñeco de G. I. Joe. Era para decirme abiertamente que

«los niños no juegan con muñecas como las niñas», y eso fue todo.

Mi padre fue un hombre cariñoso que se volvió frío tras el servicio militar. La cultura militar se ciñe a estrictos estándares sobre lo que es normal y lo que no, y se entrena a las tropas según estas reglas. Mi padre era demasiado joven como para ir a la guerra de Vietnam, pero si hubiese sido lo bastante mayor, se habría alistado voluntariamente para ir. En cambio, se alistó en la Academia Militar de los Estados Unidos y se graduó con la promoción de 1976. Quería ser soldado, como su padre, quien había servido como piloto en la Segunda Guerra Mundial. Papá hacía que la academia militar sonara divertida, con sus historias de las peleas de bares y las novatadas, de las escapadas nocturnas con sus amigos conduciendo a todo gas de punta a punta del país sin pegar ojo. Era experto en mecánica y había reconstruido dos Jaguar E-Type de 1967 en el garaje de su madre; con el primero de ellos tuvo un trágico accidente.

Me encantaba oír aquellas historias sobre su juventud alocada, pero fueron cada vez menos frecuentes según ascendía de rango. Era un hombre firme, estoico y, aunque me intimidaba, me enorgullecía de él cuando me recogía del colegio vestido con la ropa de trabajo, con sus botas negras relucientes y las gafas de aviador. La gente saludaba a mi padre al pasar. Lo conocían como el comandante Gabel, y nunca habría permitido que su hijo mayor se vistiera con la ropa de su mujer.

La confusión que me provocaba sentir interés por el cuerpo y la ropa de mujer creció mientras fui a la escuela. Cuando veía a mujeres mayores por la calle, quería ser tan guapa como ellas. A los ocho años, pillé una versión modificada de *La semilla del diablo* que daban a última hora de la noche en

la tele. Mientras la mayoría de los niños habría evitado la película de terror de Roman Polanski, a mí me atrajo la belleza de Mia Farrow. Llevaba el pelo rubio cortado a lo pixie, no muy diferente del mío. Sabía lo que se sentía al tener el pelo tan corto, así que ella hizo que la feminidad fuese algo real y alcanzable para mí. No tenía ni idea de qué clase de adulto llegaría a ser, pero ella me dio algo a lo que aspirar. Quizá, solo quizá, un día me parecería a ella.

La música me ayudaba a sobrellevar estos sentimientos. Descubrí las bandas de glam metal de los 80 como Poison, Warrant y Bon Jovi. El primer casete que tuve fue el álbum *Hysteria* de Def Leppard, que compré en un economato militar porque me gustó la portada. Mostraba dos rostros gritando en medio de un triángulo psicodélico. Pero la banda con la que me obsesioné fue Guns N' Roses. Su música me atraía porque invitaba al peligro. Temía que mis padres vieran la parte interna del libreto. Las pintas de los miembros de la banda y, en especial, la del esbelto vocalista Axl Rose era la que más me emocionaba porque era andrógino. Con el pelo largo y la ropa ceñida, se desdibujaban los contornos. Me costaba decir si los miembros de la banda eran chico o chica y eso me gustaba.

Después de pasar horas y horas observando con atención las fotos de estos álbumes, supe que quería tener mi propia banda. Se me empezaron a ocurrir nombres, como The Leather Dice, que escribía con rotulador indeleble en la espalda de la chaqueta vaquera. Practicaba los movimientos del escenario rasgando, al ritmo de las canciones, las cuerdas de una raqueta como si fuese una guitarra. Al final, decidí que tenía que buscarme una de verdad.

Con el dinero que había ahorrado por cortar el césped, pedí por correo una guitarra acústica Harmony de cien

dólares del catálogo de Sears. La espera fue insoportable. Ya sabía quién quería ser y estaba impaciente por empezar. Mis padres me pagaron clases de guitarra con la mujer de uno de los soldados, pero no me sirvieron de nada. Así que, en su lugar, aprendí de oídas: escuchaba mis álbumes favoritos y tocaba a la vez que los reproducía. Como la mayoría de los chavales que tuvieron su despertar musical en los 90, una de mis primeras experiencias fue con «Smells like teen spirit» de Nirvana. La completa simplicidad de la canción enseñó a innumerables aspirantes a rockeros como yo a componer acordes estridentes con los que sacar de quicio a sus padres. Kurt Cobain, el líder de la banda, provocó él solito que toda una generación de deditos se encalleciese con esos acordes de apertura.

Durante cuatro años, de los ocho a los doce, viví con mi familia en Italia, que fue como una tierra prometida para mí. Entre nuestros vecinos había familias italianas, británicas, australianas y alemanas, tanto soldados como civiles. Allí, prácticamente viví al aire libre, corría como un loco, jugaba a la guerra, exploraba los acres de vergeles que había en la parte trasera de la casa. No me costó hacer amigos en el vecindario, pero aprendí a no encariñarme demasiado con otros niños porque solían mudarse a menudo. Un día podías estar jugando al escondite con tu amigo y, al siguiente, destinaban a su padre a la otra punta del mundo. Podías considerarte afortunado si tenías la oportunidad de despedirte.

Mi madre se enfrascó de lleno en la cultura italiana. Hablaba el idioma con fluidez y se apuntó a clases de cocina. Insistió en exponernos a mi hermano y a mí a todo lo que pudiera del país. Mi padre las pasó canutas para adaptarse. El ejército animaba a respetar e interesarse por la cultura local, pero para los italianos, la presencia del ejército de los

Estados Unidos solo podía significar una invasión *non grata* de las tierras italianas.

Si mis padres ya arrastraban problemas matrimoniales yo no me había dado cuenta y solo me percaté de ellos cuando se intensificaron tras el recrudecimiento de la guerra del Golfo con la llamada Operación Tormenta del Desierto. Había mucha tensión entre las familias de los militares destinados en el extranjero. Allí aprendí el concepto «amenaza terrorista». Los controles ante posibles bombas bajo el autobús escolar se convirtieron en parte de mi rutina diaria. También había soldados armados montando guardia en la azotea mientras los profesores daban clase. La cadena de televisión de las Fuerzas Armadas, la única que teníamos en inglés, tan solo ofrecía cobertura de la guerra las veinticuatro horas del día.

Mi padre vio que esta iba a ser su última oportunidad de ir a la guerra y, prácticamente, rogó a sus comandantes que le diesen el permiso para ir. Sin embargo, por los motivos políticos y estratégicos que fueran, nunca se lo dieron, y lo mantuvieron en la retaguardia con un puesto en la OTAN en Nápoles mientras todos sus compañeros se marcharon a jugar a la guerra. Un día, a sabiendas de que nunca llegaría a utilizarla en combate, me regaló su máscara antigás para que jugase con ella. Había llegado a la cima de la cadena de mando militar y eso le causó una gran frustración.

La comunicación entre mi madre y él se fue deteriorando día tras día. Esto hizo que comenzaran a gritarse y a discutir, normalmente por la mañana o por la tarde cuando papá volvía de la base. Al final, dejaron de hablarse.

Poco antes de cumplir trece años, mis padres se separaron por motivos que no me terminaron de explicar. Un día, mi madre me llamó a su habitación de costura y me dijo que estaba pensando en marcharse y que quería llevarse a Mark